

CAPÍTULO XXIV

Política del duque de Aiguillon. — Sirvele de guía la memoria del delfin, hijo de Luis XV. — Dificultad de seguir el plan, respecto al Austria. — Conducta del duque de Aiguillon con las potencias secundarias. — Mr. de Vergennes en Estocolmo. — Repartimiento de la Polonia. — Memoria del duque de Aiguillon al rey.

Ya hemos dicho que la política del duque de Aiguillon era diametralmente opuesta á la de Mr. de Choiseul: prosiguió, pues, con audacia sus planes, apoyado por una memoria del delfin, padre de Luis XVI.

He aquí parte de dicha memoria que le sirvió para basar su política.

« Debo acordarme sin cesar, decía el delfin, de que han desaparecido mil gobiernos, de que se han eclipsado de Europa muchas familias reales, y de que los principales estados que nos rodean son rivales de la casa de Borbón.

» La historia señala como los primeros entre ellos á la Inglaterra y al Austria.

» La Inglaterra es la menos temible de ambas potencias.

» La Francia debe tener presente que puede existir con marina ó sin ella, porque las naciones que no la poseen, viven con su agricultura, su comercio y su industria natural. Nosotros hemos sido siempre bien

mirados y temidos, sin marina, durante el ministerio del cardenal Fleury, á cuyas manos había confiado mi padre casi todo el gobierno.

» El hecho de que la Inglaterra tenga mayor ó menor preponderancia en el mar, no hace más que aumentar ó disminuir el bienestar de la Francia, sin acarrearle por eso un perjuicio de consideración. La Inglaterra es la que debe mirar á su comercio como esencial para el sostenimiento de su situación presente, de modo que no es por lo tanto una rival que puede inspirarnos serios temores.

» Pero el Austria posee otros títulos y otros recursos hostiles y peligrosos para nosotros, y así está en nuestros intereses vigilarla, influir en ella é impedir que pueda perjudicarnos, porque su política va mucho más lejos que lo que permite su religión. Es en Europa una potencia nueva, á la que hemos visto salir de la nada, y que se ha elevado hasta convertirse en monarquía universal bajo el cetro de Carlos V, á expensas de las naciones limitrofes y con mucho peligro para nosotros.

» Debo por lo mismo hacer un esfuerzo para probar con la historia de mis antepasados, por qué medios conquistaron á esa casa la España, Nápoles, la Lorena, los Países Bajos, la Alsacia, el Franco Condado y el Rosellón, y no olvidar que nunca seré partidario de la política observadora. El Austria me responderá de todo lo que ha usurpado á mis abuelos desde el principio de su existencia, que no es por cierto muy antigua, al paso que el mundo sabe lo que era la Francia bajo el imperio de Carlo-Magño.

» Mis antepasados, y sobre todo los de mi raza, siempre se rigieron por los principios que acabo de enunciar, hasta que llegó á Francia un hombre, lore-

nés de corazón y de origen, que hoy causa todas las desgracias de este país.

» El duque de Choiseul, pensionado por la casa de Austria, ha imaginado proseguir las primeras ideas del abate Bernis, que tenía gran interés en agradar al Austria; ambos han fijado las principales bases de los grandes desastres que amenazan á mi casa, si llegan á prevalecer en ella algún día los principios austriacos. El duque de Saint-Simón me dirigió hace diez años una memoria muy bien escrita sobre el asunto, en la cual prueba que la Francia no puede sostenerse sin combatir perpetuamente contra la casa de Austria; dicha memoria existe entre mis papeles. También deja comprobado la misma que no podemos detenernos, hasta reducir al Austria á la situación de un simple electorado.

» Mi padre, sin embargo, por principios que nunca me atreveré á censurar, ha hecho alianza con la casa de Austria, con perjuicio de los intereses de las potencias pequeñas, que mis abuelos tuvieron á honra y gloria sostener y amparar; nunca ha querido profundizar la temeridad culpable de Mr. de Choiseul, que acaba de derribar un edificio arruinado por los siglos y por los hombres de Estado más eminentes, más reflexivos y más adictos á nuestra casa.

» Se deben observar sin duda alguna muy religiosamente los tratados; pero la delicadeza tiene límites, y cuando el estado reconozca por experiencia cuán oneroso es un tratado que liga las manos á la Francia, y al cual sólo presta vida el ejercicio del poder militar, procurará cercenar como corresponde, sin declarar la guerra al emperador, un tratado que nos circunscribe por todas partes y nos impide ser franceses. »

Por desgracia era muy difícil de seguir con el Austria el plan que proponía el delfín. La alianza de 1736 existía, y no había motivo alguno plausible para romperla. Además de esto, Maria Antonieta había adquirido ya un imperio absoluto en el ánimo del delfín, y si éste había manifestado tan grande aborrecimiento á Mr. de Choiseul, no era porque le considerase un agente del Austria, sino porque suponía que el duque había sido causa de la muerte de su padre. Por otra parte el rey podía morir, pues no se privaba del más pequeño placer, á pesar de su edad avanzada, en cuyo caso todo se encontraría en el mismo estado, de modo que Mr. de Aiguillon pudiese decir como el maestro del cuervo romano: *Opera et impensa perit.*

Se dedicó, pues, á preparar suavemente á la Europa, para que algún día pudiese anular el funesto tratado de 1736.

Las potencias subalternas, sobre todo, se hallaban atemorizadas, según hemos dicho, por la grande alianza austro-francesa. El duque de Aiguillon procuró tranquilizarlas, escuchando sus quejas y dándoles completas satisfacciones.

Dió principio por acomodar á la Suecia con Dinamarca, nuestras dos aliadas naturales del Norte, desde que la Polonia existía como reino, aunque no se la pudiese considerar como potencia.

El duque de Choiseul había molestado constantemente á los suizos, nuestros antiguos aliados. Solía decir á cada paso: *vil como un suizo.* Al mismo tiempo les perjudicaba en sus intereses y abría el puerto de Versoix, en el lago de Ginebra.

El duque de Aiguillon interrumpió sus trabajos.

El de Choiseul había usurpado al papa el condado

veneciano y la ciudad de Aviñón, lo cual, decía, era para compensar la pérdida de las colonias, pero en realidad para contentar á los filósofos que atacaban á la religión.

El duque de Aiguillon dió satisfacciones á Ganganelli, y le devolvió la ciudad y el condado.

Habiéndonos uncido la Inglaterra al yugo de la casa de Austria, tomó partido en favor de Federico II. Esta alianza de las dos naciones era una guerra declarada contra nosotros. El duque de Aiguillon entonces estableció las bases de un tratado de paz y de comercio, que debía renovar todas las relaciones amistosas, que habían existido durante los treinta años siguientes á la paz de Utrecht.

Desde las famosas expediciones de Carlos XII, que habían agotado el país de hombres y de dinero, asustada la Suecia de aquella omnipotencia real que conducía á un pueblo al abismo, había hecho los mayores esfuerzos para reprimir la autoridad de sus monarcas, dividiéndose en facciones, que explotaban el Austria, Dinamarca y el rey de Prusia. La autoridad de la Francia, tan efectiva en Suecia, cuando reinaba Gustavo Adolfo, había sido reemplazada por la autoridad austriaca, es decir, que habíamos perdido una posición y debíamos reconquistarla. Gustavo III deseaba sacudir la tutela que le habían impuesto el pueblo y la nobleza; mas como sólo era príncipe heredero, había escrito á Mr. de Choiseul manifestándole su pensamiento. Mr. de Choiseul se guardó muy bien de dar la razón al joven príncipe, porque esto hubiera equivalido á malquistarse directamente con el Austria. El duque de Aiguillon, por el contrario, no se atuvo á semejantes cumplidos; levantó á Mr. de Vergennes, nuestro antiguo embajador en

Constantinopla, el destierro que le había impuesto el duque de Choiseul, le dió sus instrucciones y le envió á Suecia, adoptando de este modo el plan de la verdadera diplomacia francesa: *ensalzar á los humildes; humillar á los fuertes.*

La presencia de Mr. de Vergennes en Estocolmo produjo sus frutos: estalló en Suecia una revolución, que devolvió al rey Gustavo el poder que la nobleza compartía con él, y le libertó de la influencia rusa, austriaca y prusiana: esta revolución se verificó en cincuenta y cuatro horas, y sin efusión de sangre, el 10 de agosto de 1772.

Verdad es que veinte años antes, el conde de Horn, el de Ribing y Ankastroem, habían hecho lo mismo para dominar á Gustavo III.

Ya hemos expuesto el estado de debilidad en que la Polonia se hallaba, acosada por los trastornos europeos, cuando se retiró de ella la poderosa mano de Federico. Catalina II, que abrigaba pensamientos acerca de esta desventurada nación, la había dado un rey, y segura de la nulidad de éste, se preparaba á invadir sus Estados.

El duque de Choiseul no había visto en la alianza de las cortes de Berlín y de San Petersburgo más que una simple defección de las de Viena y Versalles; pero la corte de Viena no era tan poco avisada, y consideraba ya arruinada á la Francia en hombres y en dinero, y por lo tanto insuficiente como auxiliar desde el día en que la Rusia se separase de ella. Entonces fué cuando Mr. de Choiseul dió orden á Mr. de Vergennes para que sublévase á la Turquía contra la Rusia, pues si la primera llegaba á conseguir alguna victoria, se debilitaría muchísimo el poder, y sobre todo el prestigio de la segunda: en caso de una

derrota, la Rusia acercaría sus posesiones á las del Austria, inquietando á un imperio que tanta necesidad tenía, á la sazón, de nosotros. En vano Mr. de Vergennes representó á Mr. de Choiseul la inutilidad de aquella guerra, prediciéndole un resultado desastroso: mandó al embajador que cumplierse sus instrucciones, y habiéndole hecho Mr. de Vergennes nuevas observaciones, le separó de su puesto, ordenándole pasar á Borgoña, donde desde entonces permanecía sin crédito y sin destino.

Sucedió precisamente lo que había anunciado Mr. de Vergennes: la Turquía quedó derrotada, como hemos dicho, y con motivo ó pretexto de las fiestas dadas por Potemkin á Catalina II, los ejércitos rusos invadieron la Moldavia, y los caballos de los cosacos del Don apagaron su sed en el Danubio. Atemorizada entonces el Austria por el contacto que se operaba entre las conquistas rusas y sus posesiones territoriales, se entendió con la Prusia, solicitando su neutralidad en caso de guerra. Así, pues, el viejo Federico, casi intruso al subir al trono en la familia de los reyes europeos, aquel simple elector de Brandeburgo, como le llamaban todavía al principio de su reinado, se encontraba mimado por las dos grandes potencias del Norte, y era el árbitro de la suerte europea, mientras que Mr. de Choiseul, que había querido destronarle, sufría el destierro en Chanteloup.

De aquella inteligencia del Austria con la Prusia nacia la idea del repartimiento de la Polonia.

Todas las naciones hallaban en él sus ventajas.

Resolvióse, pues, llevarlo á efecto entre las potencias del Norte, las cuales no creyeron tener necesidad de la Francia para conseguir su objeto.

El Austria introdujo sus tropas en Zips, y la Prusia en el ducado de Posén.

Catalina ocupaba á Varsovia.

Grande fué la conmoción que experimentó la corte de Versalles, cuando se supo allí aquel gran acontecimiento político.

Mr. de Aiguillon presentó al rey la siguiente memoria:

« Ved, decia, qué fe puede tener la Francia en la amistad de la casa de Austria, y lo que debemos esperar de una casa aliada del rey por el doble vinculo de un tratado y de un casamiento. Algún día querrá la corte de Viena aumentar sus posesiones á expensas del rey de Prusia, y entonces levantará contra este príncipe, en unión con ella, á la Francia, la Rusia y la Suecia. Otra vez querrá aumentar sus dominios á expensas de la Polonia, nuestra mejor amiga, y se aliará con el rey de Prusia, enemigo del rey, y con la czarina que nos tiene más encono que nunca.

» Nada iguala por otra parte á la ambición desmesurada del joven emperador José. Sólo espera el momento de reinar solo para desarrollar el sistema que revuelve en su imaginación; tiene miras lejanas sobre la Baviera, codicia el Frioul veneciano, quiere abrir el Escalda cerrado por tantos tratados, desea la posesión de la Bosnia; y ¡quién nos dice que ha olvidado las pérdidas de la Lorena, de la Alsacia, de la Silesia! El que se atreve á arrebatarnos el mejor de nuestros amigos, el que le despoja de sus dominios, ¿no es capaz de volverse á apoderar de las posesiones que le hemos quitado? El que desprecia una alianza tan importante como la de la corte de Versalles, para hacer invasiones inauditas en perjuicio nuestro, ¿no es capaz de formar alianzas contra nos-

otros? El resultado de la nuestra con la corte de Viena, el resultado de esta alianza que nos ha costado tantos hombres y dinero, es el encontrarnos sin amigos y la existencia de una liga muy sensible contra nosotros en el Norte de Europa, la de Viena, Berlin y San Petersburgo. En un abrir y cerrar de ojos pueden estas tres potencias poner sobre las armas trescientos mil hombres; en un abrir y cerrar de ojos pueden establecerlos á discreción en el territorio de las potencias débiles que no han invadido aún, y en un abrir y cerrar de ojos pueden consumir la total destrucción de la Polonia. La Francia sin aliados, con pocos medios de resistencia en la actualidad, la Francia extenuada por la última guerra emprendida para sostener la casa de Austria y para favorecer el recobro de sus dominios, se encuentra, pues, en una crisis de las más penosas, se halla reducida al más humillante silencio, y se ve obligada á reprimir su propio carácter, y á no demostrar sino el de una nación observadora, benévola, que aprueba cuanto se hace en el día sin que se digne nadie consultarla. ¡Qué se han hecho aquellos tiempos en que no se podía disparar un cañonazo en Europa sin el consentimiento del rey!

» Por muy crítica que sea hoy la situación de la Francia, le quedan, sin embargo, recursos iguales y quizá superiores á los de la liga del Norte.

» Necesitamos desvanecer un gran número de preocupaciones, ora positivas, ora exageradas, para preparar la unión con una potencia cuya amistad es, en estos momentos, muy necesaria al rey, á fin de reprimir los proyectos de las potencias del Norte. No menos preocupaciones igualmente tenemos que vencer, é infinitos manantiales de enemistades que agotar, si queremos ser amigos de la corte de Londres.

Pruebas hay de que el gabinete de Saint-James no nos juzga extraños á las turbulencias de la América. El carácter de Mr. de Choiseul, y la guerra que ha querido suscitar aun contra la gran Bretaña, en una circunstancia en que el estado de los negocios de Europa podría facilitar una reconciliación urgente y necesaria, bastarían para mantener á la corte de Londres en el recelo de que somos siempre enemigos suyos.

» Á pesar de esta situación con la corte de Londres, el aspecto del Norte aliado, unido, armado é invadiendo los dominios de nuestros amigos, me obliga á proponer al rey una contraliga del Mediodía, compuesta de la Francia, la España, la Inglaterra y la Cerdeña. Los nuevos lazos que nos unen con el rey de Cerdeña nos aseguran de su amistad; la España se dejará persuadir más difícilmente, porque Mr. de Choiseul la ha preparado de un modo especial contra la corte de Londres y su gobierno. En cuanto al rey de Inglaterra, contamos con mil medios de templar esta lucha perpetua y esa rivalidad hostil tan contraria á nuestras relaciones comerciales. Voy á exponer sus intereses relativos en la repartición de la Polonia:

» Toda la Europa se halla persuadida de que esta repartición convierte á la monarquía prusiana en una potencia verdaderamente marítima; del estado de monarquía militar y agrícola, pasa al estado de potencia mercantil y marítima, y como en pocos años hemos visto al rey de Prusia invadir provincias y defenderlas después contra toda la Europa que quería arrebatárselas, del mismo modo podremos verle dentro de algunos otros, á causa de su parsimonia y actividad, llegar á ser rey del Báltico. Poseedor de Dantzick, el Vistula será para él un nuevo Támesis,

de modo que esta potencia tan poco conocida algunos años ha, puede llegar á ser, bajo el reinado de Federico, un estado tan temible para las potencias continentales como para las marítimas; la Inglaterra lo sabe, y como esta nación es tan conocedora de su comercio y de sus intereses marítimos, empieza á levantarse en estos momentos en Londres un rumor extraordinario contra la metamorfosis de la potencia prusiana, relativamente á su estado comercial y marítimo.

» La Rusia, por otra parte, amenazando á Constantinopla y manifestando seriamente proyectos sobre la navegación del mar Negro, y quizá sobre el Mediterráneo, puede invadir en aquel país todo el comercio marítimo de los ingleses. Y dado el caso de una alianza contra la liga del Norte, ¡cuántos medios no tenemos para ayudarnos con los ingleses contra los peligros que les amenazan y á nosotros juntamente con ellos! Someto estas consideraciones al sabio juicio del rey, y toda vez que el Norte está unido y armado contra nuestros amigos; toda vez que el Austria nos abandona á nuestros propios recursos, no hallo otro medio que oponer á esta liga amenazadora sino la alianza de las cuatro potencias capaces de contrabalancearla, á saber: la Francia, la Inglaterra, la España y la Cerdeña.

» Iré desenvolviendo estas bases en las memorias sucesivas. »

CAPÍTULO XXV

Vejez de Luis XV. — Su tristeza. — Se esparce la muerte en su alrededor. — El mariscal de Armentieres. — Mr. de Chauvelin. — La predicción. — La cena en el cuarto del rey. — El whist. — Muerte de Mr. de Chauvelin. — Melancolía de Luis XV. — Viajes. — Mad. Dubarry. — Beaumarchais. — Goedmán. — El Barbero de Sevilla. — Mr. de Fronsac. — Rapto, incendio y violación. — El marqués de Sade. — El obispo de Tarbes y la Gourdan. — Gluck y Piccini. — Los dos bandos. — Diversiones. — Carreras. — Los jockeys. — Las cortesanas. — Luis XV. — Recuerdo de Mr. de Chauvelin. — El abate de Beauvais. — Temores del rey. — Presagios del mes de abril. — Muertes repentinas. — Lebel y la hija del molinero. — Visita preparatoria. — Las viruelas. — El arzobispo. — Los Choiseul. — La Dubarry. — El duque de Richelieu. — Lorry y Bordeu. — Lamartiniere. — Terror del rey. — Mad. Dubarry se aleja. — Los obispos. — Duque de Aiguillon. — Vuelta de Mad. Dubarry. — Última entrevista. — Mr. de la Vrillere. — El duque de Fronsac. — El cura de Versailles. — Declaración del rey. — Sus últimos momentos. — Su delirio. — Las hijas del rey. — Muerte del mismo. — Sofía de Arnould y Mad. Dubarry.

Verdad es que una cosa quitaba la importancia á las demás, Luis XV, que sólo tenía 63 años, parecía que llevaba diez al duque de Richelieu, que frisaba en los sesenta y seis. El rey, aquel apuesto caballero de ojos azules, de elegante pierna y finas orejas, per-